

La realización de la Poesía en la Pedagogía

Rocío Fernández Berrocal

miércoles, 18 de septiembre de 2013, 12:15 h.

El magisterio de Giner de los Ríos en Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado.



Rocío Berrocal

Rocío Fernández Berrocal (Sevilla, 1974) es Doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Sevilla con la Tesis Doctoral titulada **Juan Ramón Jiménez y Sevilla**, premio Fundación FOCUS Abengoa en 2006, publicada en la Universidad de Sevilla en 2008. Compagina la investigación con la docencia en el IES **Maestro Diego Llorente** de Los Palacios (Sevilla). Es autora de la edición del libro inédito **Idilios**, de Juan Ramón Jiménez (La Isla de Siltolá, 2013), **Guía del Madrid de Juan Ramón Jiménez** (Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid, 2007), **La Andalucía de Juan Ramón Jiménez. El sentimiento de eternidad** (Diputación de Huelva, 2009), del paseo literario virtual sobre JRJ de la Red Municipal de Bibliotecas de Sevilla y del CD sobre JRJ para centros educativos de la Consejería de Educación de la Junta de Andalucía (2006).

La vocación es poesía de vida. “El trabajo es poético”, señalaba Juan Ramón Jiménez. En su búsqueda de las formas de poesía no escritas, el poeta de Moguer encuentra un ejemplo claro en el magisterio de Giner de los Ríos. Decía que observando cómo él actuaba encontró la realización de la poesía en la vida porque él “profesaba” la poesía:

Y aprendí entonces en él, en su acción de educar a los niños, parte de lo mejor de mi poesía, presencié en el jardín, en el comedor, en la clase, el bello espectáculo poético de su pedagogía íntima.

Verlo entre los niños (...) era presenciar el orden natural de la belleza; el correr de un agua, el brotar de un árbol, el revollear de un pájaro.

En su escrito "La vocación en maestros y discípulos" del libro Isla de la simpatía JRJ escribió:

La ilusión, la alegría, la ambición, el amor son necesarios para la enseñanza correspondida y sin estas fuentes no es posible que despierte una vocación.

Ambición e ilusión antes que perfección en los estudios defiende el poeta porque las universidades y, por extensión, los centros educativos, deben ser "oasis de gozo":

La enseñanza no debe considerarse como un medio de vida, aunque de ella se viva, sino como un fin que va consumiendo la vida como alimento.

Sobre la vocación como clave del proceso evolutivo satisfactorio escribió JRJ en 1953 en su curso sobre el Modernismo, denunciando la situación de la Universidad por entonces. JRJ defendía la importancia de encontrar el camino interior vocativo, de, como él llamaba, "trabajo gustoso" que nos permitiera poner en cada cosa amor y dedicación, poesía, armas seguras para construir y cambiar el mundo; "amor y poesía cada día" era su lema:

Nadie debe trabajar más que en lo que le gusta. Esa es la idea final del mundo. Que todo el mundo acabe por trabajar solo en lo que le gusta. Esa es la única manera de trabajar (...). Si todos (...) trabajásemos con poesía.

Antonio Machado también pensaba que "las armas de la cultura (...) son las armas del amor". Ambos, Machado y JRJ, bebieron en las ideas institucionistas de Giner de los Ríos, el primero porque estudió en Madrid en la Institución Libre de Enseñanza y, el segundo, por su contacto y vivencia con él en la Residencia de Estudiantes. Giner consideraba a la poesía la más bella educadora y la Obra vital debía ser una misión sagrada. Fomentaba en los jóvenes el acercamiento al arte como sublimación de sus capacidades y la fusión de todo con la naturaleza. Pensaba que la belleza nos hace mejores y que la estética va unida a la ética. JRJ también confiaba en el poder de la belleza en el desarrollo humano y en que el arte tiene una misión social, "la de hacer verdaderamente fuertes a los hombres, y verdaderamente buenos". La ILE sigue fundamentalmente la filosofía krausista que une la ética con la estética en una idea de regeneracionismo social y político en el que lo bello educa al espíritu y el cultivo de la sensibilidad y la inteligencia ayudan al progreso moral. De la ética institucionista Machado y Juan Ramón asumen estas ideas, la realización humana en libertad, la solidaridad y el espíritu ético del trabajo; de Giner aprenden no a escribir poesía sino a vivir en ella.

Muchos de los principios pedagógicos de la ILE se observan en Machado, en especial, en Juan de Mairena, y en JRJ, quien, en sus conferencias en Puerto Rico desarrolla su magisterio lírico, tanto en sus proyectos como instaurar el Día del Niño en la isla, su selección junto a Zenobia de Verso y prosa para niños y en las notas que se conservan de su curso sobre el Modernismo. En "La vocación en maestros y discípulos" señala JRJ:

La unidad de avance entre maestro y discípulo es el secreto más pródigo de la enseñanza. Si no existe esa unidad, poca ilusión puede haber en uno y en otro; y si no hay ilusión en ellos, la enseñanza y el aprendizaje no existen.

El profesor debe ser, como lo fue Giner, modelo de vida y obra, su obra iluminará su vida. Poesía de vida.

JRJ y Machado querían ser profesores conscientes de formar “almas”, de formar en sensibilidad y cultura, no solo en conocimientos. Para Giner y su discípulo Cossío la enseñanza debe ser una excitación permanente a la actividad, a la curiosidad, a la búsqueda: no enseñar las cosas, sino enseñar a pensarlas y a hacerlas. Cossío se oponía como Antonio Machado en Juan de Mairena a lo que él llama el procedimiento de estampación, el que utiliza el prototipo de maestro-poseedor de la verdad contra el alumno callado y neutro que injiere tal presunta verdad para luego reestamparla de memoria y mal digerida el día del examen. Para la ILE la clase no era para «dar y tomar lecciones», sino para el moderno concepto de aprender a aprender, fomentando el esfuerzo personal y cultivándolo reflexivamente. Defendía el aprendizaje con el descubrimiento propio -como pensaba Giner-, con el pensamiento guiado pero ejercitado en libertad, según defendía la ILE:

Vosotros sabéis que yo no pretendo enseñaros nada, y que solo me aplico a sacudir la inercia de vuestras almas, a arar el barbecho empedernido de vuestro pensamiento, a sembrar inquietudes, como se ha dicho muy razonablemente, y yo diría, mejor, a sembrar preocupaciones.

De mí solo aprenderéis lo que tal vez os convenga ignorar toda la vida: a desconfiar de vosotros mismos.

Desconfiad sobre todo del tono dogmático de mis palabras. Porque el tono dogmático suele ocultar la debilidad de nuestras convicciones.

Se oponían al libro de texto que limita la curiosidad de investigar y consultar otros manuales. La ILE aspiraba a que sus alumnos pudieran servirse ampliamente de los libros como fuente capital de cultura, pero no eran partidarios de emplear en el aula los «libros de texto» o manuales porque decían que limitaban el espíritu de investigación del alumno. Machado se quejaba de que no existía ningún buen manual de Literatura y JRJ criticaba la cantidad de libros innecesaria en las universidades. El poeta muguereño proponía la mesa redonda de alumnos y profesores donde el maestro pudiera preguntar al maestro como hace el maestro al discípulo, siguiendo el método socrático de aprender reflexivamente a través del diálogo razonado. Juan Ramón señalaba que había que dejar tiempo y espacio para la meditación, un ocio donde “ajustar las clavijas de la conciencia sucesiva”.

Querían ser profesores humanos, próximos y claros. Machado no se sentaba en la tarima del aula sino encima de la mesa, procuraba estar cerca del alumno como hacía su maestro Giner y observamos en las fotos de JRJ que se sentaba en una silla delante de sus alumnos y delante de la mesa del profesor. Instaban a que los alumnos participaran en clase y preguntaran, a que, como Juan Ramón decía, hablaran y no solo en los pasillos fuera de clase; los profesores debían conocer cómo hablan y escriben sus alumnos perfectamente porque debían escucharlos y leerlos. En esta línea, no daban importancia a los exámenes, iban conociendo al alumno a lo largo del curso. JR pensaba que el examen no era del todo revelador del conocimiento del alumno:

Yo tomo en cuenta: primero, el curso; después el comportamiento en clase (...). Y lo último que tengo en cuenta, lo último, es el examen final. Ese muy poco, porque pienso que es una cosa inútil. Yo no haría nunca el examen escrito, ni hablado tampoco. En suma, lo que el alumno sepa durante todo el curso el maestro lo sabe.

En los tribunales de exámenes, Machado se sentaba en la esquina de la mesa presidencial para hablar con el alumno en tono bajo y preguntar lo que quisiera sin ser oídos y en más de una ocasión ayudó a algunos, como a una mujer viuda que necesitaba el título para poder trabajar.

La idea fundamental de la Institución era educar a sus alumnos de forma íntegra, en cuerpo y alma. Decía Protágoras que “educar no es dar carrera para vivir, sino templar el alma para las dificultades de la vida”. Para ello era primordial el principio de la «reverencia máxima que al niño se debe», como reza uno de los

principios de la ILE. Así lo expone claramente Machado en su apócrifo: hay que estar a la altura del niño para educar su alma, explicar a su medida; lo que el niño no aprenda, no puede aprenderse, el profesor debe hacerse niño para explicar el mundo desde la óptica del niño:

¿Cómo puede un maestro, o, si queréis, un pedagogo -se pregunta Machado a través de Juan de Mairena-, enseñar, educar, conducir al niño sin hacerse algo niño a su vez (...)? Porque es el niño quien, en parte, hace al maestro (...). Hemos de comprender como niños lo que pretendemos que los niños comprendan.

El hombre, si es lo que puede, -señala JRJ- ***“explicará” suficientemente al niño un sentido difícil “relativo”. (Otras veces lo explicará el niño al hombre.) En casos especiales, nada importa que el niño no lo entienda, no lo “comprenda” todo. Basta que se tome del sentimiento profundo, que se contagie del acento, como se llena la frescura del agua corriente, del color del sol y la fragancia de los árboles; árboles, sol, agua que ni el niño, ni el hombre, ni el poeta mismo entienden en último término lo que significan.***

La naturaleza no sabe ocultar nada al niño; él tomará de ella lo que le convenga, lo que “comprenda”. Pues lo mismo la poesía.

Había que contrastar las ideas con la realidad, de ahí la importancia de salir y conocer la naturaleza que tanto ponderó la Institución (eran famosos los paseos por el Guadarrama); era un principio seguido por ambos poetas. Machado señaló:

Si lográsemos, en cambio, despertar en el niño el amor a la naturaleza, que se deleita en contemplarla, o la curiosidad por ella, que se empeña en observarla y conocerla, tendríamos más tarde hombres maduros y ancianos venerables.

La ILE pretendía despertar el interés de sus alumnos hacia una amplia cultura general para cimentar luego en ella una educación profesional de acuerdo con sus aptitudes y vocación, pero sobre eso y antes que eso, había que formar a personas capaces de concebir un ideal que diera sentido a la vida y a sus facultades concretas y así formar su alma:

Nosotros no pretenderíamos nunca educar a las masas -decía Mairena-. A las masas que las parta un rayo. Nos dirigimos al hombre, que es lo único que nos interesa; al hombre en todos los sentidos de la palabra.

Al niño hay que dejarlo transitar, como en la vida, en la poesía -escribe JRJ-.

Cultivo y cultura van unidos en la educación para JRJ, porque tanto se culturiza y cultiva el maestro explicando como el alumno oyendo. Vocación de formar, de dar, ayudar a encontrar la poesía en la vida, en el trabajo, “el encaje gustoso (del hombre) en su lugar que es la gracia de la existencia”, señaló JRJ.

La figura del maestro fue primordial para la ILE. En una época en la que eran funcionarios rutinarios, la ILE dignificó su figura y elevó su espíritu. Él era el pilar de la enseñanza: “Dadme el maestro -decía Giner- y os abandono el edificio, las instalaciones, la organización, los programas..., todo lo demás”. El maestro no debía ser un burócrata con nombramiento vitalicio y falto de estímulos, debía mostrar vocación de servicio altruista, conducta intachable y aptitudes para la investigación y divulgación de conocimientos. Igualmente, JRJ defendía “la dignificación de la carrera”. En “Sobre la escuela normal” de ***Isla de la simpatía*** indicaba que el maestro debía ganar un dinero suficiente para poder viajar, comprarse libros, asistir a conciertos, conferencias... para poder así transmitir más a sus alumnos: “aumentando su sueldo -señala- se aumenta la calidad del maestro”. Asimismo, los alumnos debían recibir suficientes becas para lo mismo, comprar libros y asistir con sus padres a actividades culturales. La beca era sembrar en lo “fecundo ideal”:

Que el niño (...) -escribe JRJ- salve al hombre (...); salve por la poesía, la belleza, la armonía de su patria, a su patria. Lo demás le será dado al niño y al hombre por añadidura.

La "llama" de Giner de los Ríos siempre alentó las vidas de Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, la de la ética y estética con alma. En una carta al poeta de Moguer Giner escribe:

Creo en Ud., creo en mi hermano, creo en cuantos hemos vuelto la espalda al éxito, a la vanidad, a la pedantería, en cuantos trabajamos con nuestro corazón.